

Que siempre en esta vida la esperanza
 A mi debilidad sirva de amparo:
 Que cuando ya mi deleznable cuerpo
 Esté durmiendo el sueño funerario
 En el jardín ameno do viviste
 Y de la cruz bajo el abrigo santo,
 Dé a gozar a mi alma el bien supremo
 De la inmortalidad allí a tu lado.»

XII.

Últimas palabras del peregrino.

«Idolatrada flor de un solo día
 De bella forma y de perfume casto,
 Tu memoria acompaña al caminante:
 Entristece tu ausencia el suelo patrio.
 Mi lloro estos renglones riega: en ellos
 Tu nombre falta, a mis oídos caro:
 Bien lo recuerda el corazón, mas nunca
 Pudo mi mano en el papel trazarlo.

.....
 ¡Ay! ya no tengo porvenir. El prisma
 Rompióse y veo que el desierto es árido:
 Yo me siento a esperar aquí la noche
 Bajo la palma de un recuerdo amado.»

POEMA DE AMOR.



POEMA DE AMOR.

I

Pálido es tu color, gentil doncella,
Inocencia revela tu mirada:
Como la palma en el desierto, aislada,
Melancólica siempre te miré.
Me hirió el alma el destello de tus ojos;
Tu voz oyendo el corazón latía:
Como hacerte feliz yo no creía,
Siempre de tus senderos me alejé.

Y en esta noche aquí nos encontramos
Entre bullicio y luz y melodía,
Y solicitas la mirada mía
De la danza y las flores al través!
No ya conmigo lucharé: si espera
A nuestro amor un porvenir de duelo,
Le acepto y sólo ser amado anhelo,
Hermosa: aquí me tienes a tus pies.

¡Ilusiones no más! Tímido el labio
 Sólo ensalzó esa noche tu belleza:
 Recogiendo sus sombras la tristeza,
 Hirió un rayo de luz mi corazón.
 La esperanza, la fe, con él vinieron,
 Y al reposar del sueño en el regazo,
 El sueño bienhechor anuda el lazo
 Reflejando la mágica visión.

Dulce es dormir si al despertar hallamos
 Que un sér nos esclaviza el pensamiento:
 Presentir que aun hay horas de contento,
 Que torna el corazón a palpar:
 Que, al recorrer con halagüefios ojos
 De nuestros años la fugaz carrera,
 Encontraremos un laurel siquiera
 Que ofrecer de la diosa en el altar.

Desengañado yo, sin esperanza
 Mi solitaria ruta proseguía.
 ¡Oh hermosa! te adoré; mas no creía
 Que con mi amor feliz pudieras ser.
 Si hay una voz que a mi ansiedad responda
 Desde lo más oculto de tu alma,
 Si sacrificas a mi amor tu calma,
 Tuyo seré; contéplame a tus pies.

II

Breve fué la ilusión. Cierras tu oído
 A las protestas de mi afecto ardiente:
 Jamás creí que una alma indiferente
 Ocultara tu faz de serafín.
 A ablandarte, mis ruegos son en vano:
 Está nublado el sol de mi existencia;
 El hechizo rompióse. Tu inclemencia
 De mi dolor el cáliz llena al fin.

Mas ¿por qué tu mirada seductora
 Fué a iluminar entonces mi aislamiento?
 ¿A mi oído por qué sonó tu acento
 Trémulo de ansiedad, lleno de amor?
 ¿Por qué, como a las aves la serpiente,
 Atraerme a tus pies enamorado
 Para dejar así mi afán burlado,
 Triste para dejar mi corazón?

¡Insensato de mí que en el desierto
 Tregua hallar a mi sed creí en la fuente!
 La arena me engañó, resplandeciente
 Con los rayos del sol. . . ¡arena hallé!
 Soñé que en tu regazo me acogiste
 Y que amorosa te llamabas mía:
 Una estatua abracé de mármol, fría,
 Y, al tocarla, temblando desperté.

Adiós: me alejo; mas ¿su incendio el alma
 Cómo apagar podrá? Tú no has tenido
 Piedad del que a tus plantas llega, herido
 Por tu belleza, a demandarte amor.
 Me engañaste, mujer: llanto me diste
 Tan sólo en pago de un afecto santo.
 ¿Y ahora quieres enjugar mi llanto?
 No: déjale correr. . . . ¡Por siempre adiós!

III

Yo no puedo vivir sin adorarte,
 Ingrata! En vano tu desdén me abruma:
 Vago en torno de ti como la pluma
 Del remolino raudo a la merced.
 ¡Tu compasión siquiera! Que tu mano
 De mis ojos las lágrimas recoja;
 Que tus miradas calmen mi congoja,
 Y que existir me dejes a tus pies.

Nunca ciérrase al mísero mendigo
 La puerta del palacio suntuoso:
 Yo perdí al conocerte mi reposo,
 Dame en pago de él tu compasión.
 Deja que me extasíe contemplando
 Tu encanto ¡ay Dios! que para mí no es hecho.
 Sin que brille en tus ojos el despecho
 Ya que no brilla en ellos el amor.

Es el otoño y mi ventana humilde
 Lluvia helada humedece gota a gota:
 Suele bramar el ábrego y la azota
 Con sonoro ruído en el cristal.
 Es la noche con todas sus tinieblas:
 El frío nuestros miembros entumece:
 Calla el mundo, y al ánima aparece
 Tu vaporosa imagen celestial.

Ya se adelanta tímida, amorosa,
 Hacia mí, sin tocar el pavimento,
 Y me llama en mitad del aposento,
 Y me tiende los brazos desde allí;
 Ya, como exhalación, pasa y me deja
 De mi dolor hundido en la amargura;
 Pero sueños de dicha o desventura,
 Cuantos la mente labra, son por ti.

Bendigo yo el laúd que dióme el cielo
 Para expresarte lo que el alma siente:
 Si mis quejas oírás indiferente,
 Se alivia al exhalarlas mi dolor.
 Son el canto del pájaro que, errante,
 Su amor sin esperanza tal vez llora:
 Perfume de una flor a quien la aurora
 No prestó ni su luz ni su calor.

IV

Deslumbra el sol a su zenit subiendo
Bajo el dosel de un cielo despejado:
A su confusa agitación y estruendo
El mundo torna, de dormir cansado.

Rompe la ya gastada ligadura
Con que tu forma aprisionara el sueño,
Y sál a respirar la brisa pura
De la mañana, idolatrado dueño.

Ya no verás la matutina estrella
Brillar más hechicera en su agonía,
Ni en la roca o el árbol que descuella
Su luz naciente reflejar el día;

Mas por el sol contemplarás bañadas
Las montañas mostrando sus cavernas,
Y amenguarse en torrentes desatadas
De nieve sus pirámides eternas.

Verás un oceano de verdura
Ceñir extenso el límpido horizonte
Y en colinas y en llanos y espesura
Con rica variedad quebrarse el monte.

Verás la garza de nevada pluma
Dejar de un lago el cristalino asiento
Para ostentar su gentileza suma
Volando y revolando por el viento.

Mas ya aparece en su balcón la hermosa,
Más hermosa que el alba: su mirada
Melancólica, extática, reposa
Al fin, del cielo en el azul clavada.

Sí: del cielo tan sólo la belleza
Puede arrobarte en éxtasis sublime,
Ángel que a la mansión do el hombre gime
Descendiste las penas a endulzar.
En tu destierro a la divina altura
Vuelves los ojos con piadosa calma,
Porque el cielo es la patria de tu alma,
Y es para ella irresistible imán.

Lograr tu dulce amor es imposible,
Pues que la humana adoración desdeñas:
Quizá otro amor en otros mundos sueñas,
Del horizonte rojo más allá. . . .
Yo también he soñado; mas contigo
Vagué por el espacio imaginario
Siempre, mujer; no triste y solitario
Como a existir me obliga tu frialdad.

En vano sus encantos muestra el día
 Cuando la pena el corazón destroza:
 Bajo el mísero techo de una choza
 Fuera feliz viviendo con tu amor:
 Aunque velara con neblina helada
 Su azul hermoso la inmortal esfera,
 O al abrirse la rosa pereciera
 Al influjo de clima abrasador.

Sólo amarte en silencio es mi destino;
 A lo lejos seguirte en tu carrera,
 Como a su estrella el infeliz marino,
 Como sigue el esclavo a su señor.
 Tú mis votos rechazas, y a otro cielo
 No ya mi pensamiento se aventura,
 Ave sin alas, que en la cárcel dura
 Do le tuviste preso las dejó.

V
 «Enjuga ya tus lágrimas: fué un sueño,
 Sueño feliz de amor que pasa en breve:
 Sacudido el letárgico beleño,
 Volver tu alma a la existencia debe.
 Ella doró tus juveniles días:
 Por ella a la esperanza el pecho abrías:
 Ella el afecto te inspiró más santo.
 Pero pasó cual fugitiva sombra. . . .»

¿Por qué tu labio sin cesar la nombra
 Cuando todo acabó? ¡Cese tu llanto!»

Derramar en mi ánima el consuelo
 Así la voz de la amistad querría:
 «Pasó,» me dice en cariñoso anhelo. . . .
 ¡Me lo dice mejor su tumba fría!
 Pasó cual por los valles el torrente:
 Astro, apagó su luz resplandeciente
 En la lóbrega noche del olvido.
 Mas, durante la vida transitoria,
 ¿Cómo la apartará de su memoria
 El infeliz que tanto la ha querido?

Y se encontraba en la mañana bella
 De juventud. Como la flor se anima
 Sintiendo el rayo que derrama en ella
 Propicio el sol bajo templado clima,
 Presintiendo el poder de su hermosura
 Dió animación a su mirada pura,
 A su acento prestó más melodía:
 De inteligencia el sello soberano
 En su frente brilló; mas ¡qué temprano
 Anoheció de su existencia el día!

Yo la adoré. Como al volver de un sueño
 La claridad del cielo nos encanta,
 No pude ser de mi entusiasmo dueño
 Contemplando ante mí belleza tanta.
 Ella mis votos rechazó tranquila:

Después, como la nube que vacila
 Con encontrados vientos en la altura,
 Se inclinaba su amor a confesarme,
 Y sólo pudo, al sucumbir, dejarme
 En prendas de ese amor su sepultura!

En ella un ave de plumaje pardo
 Viene a posarse hendiendo la neblina,
 Y ensaya un canto doloroso y tardo
 Cuando la obscura noche se avecina.
 No lejos, una flor su aroma exhala,
 Y el ave triste, al desplegar el ala
 Para seguir su interrumpido vuelo,
 A mi oído parece que murmura:
 «¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura
 Con el perfume, tu mirada al cielo?»

1850.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

 (1513—1517)
